

Camisas Rojas
Autor: Guido Cuadros

Por asesinar a mi jefe me **encarcelaron** y **condenaron** a muerte. No pensé en matarlo, fue un reflejo involuntario, un vértigo repentino e incontrolable. Quise marcarle el rostro, hacerlo callar, pero el filo giratorio de mi **taladro** inalámbrico perforó su cráneo como si fuera un melón. Cayó sobre el respaldo de su silla, frente a su gran escritorio. Balbuceaba **quedamente**. Convulsionó en silencio hasta **quedarse** inmóvil. Hilos de baba colgándole de la boca, una sustancia gelatinosa brotándole del agujero ocre entre sus ojos blancos. Me recosté en un **mueble** y observé atentamente los grandes cuadros y curiosas esculturas que decoraban la oficina. Luego entró la secretaria y entonces comenzó a armarse el jaleo. Pasé un rato más solo en la oficina hasta que dos soldados vinieron y me rociaron un *spray* en la cara, luego sentí un golpe seco y perdí el conocimiento.

Desperté con los músculos agarrotados y unos cuantos huesos rotos frente a un juez. Un **pañuelo** negro le cubría el rostro. Se me hacía difícil respirar y no pude oír todo lo que decía. Solo escuché el golpe repetido de un mazo contra la mesa y vi su mano izquierda alzada sobre su cabeza con el pulgar hacia abajo. Me arrojaron desnudo a un calabozo helado y húmedo, totalmente oscuro. Una cloaca en el techo arrojaba excrementos alrededor y encima **mío** constantemente. Después de días, me lanzaron por la puerta un pedazo mediano de carne semidescompuesta y una áspera frazada. Comí la carne de un solo **bocado** y envuelto en la frazada pude dormir algunas horas, cómodo como en una cálida cama con sábanas de **seda**.

Comentario [??1]: de mí

Tiempo después, tras bañarme y embutirme en un mameluco anaranjado, me trasladaron con los ojos vendados a otro ambiente. Cuando me dejaron solo, me quité la venda. Era una **celda** limpia e iluminada, con una cama de cemento y un desagüe en la esquina a manera de letrina. Había una **celda** frente a la mía, al otro lado de un pasillo central, y muchas otras más a lo largo de éste. El hombre de la **celda** de enfrente me saludó y me sentí obligado a devolverle el gesto. Luego, tras cerciorarse de que no había nadie en el pasillo, me animó a iniciar una conversación. Era un joven alto, flaco y **desgarbado**, con el rostro **desmejorado** pero amable. Me explicó que pronto nos fusilarían a todos, que ésta era la sala de espera del patíbulo, que estaba allí al final del pasillo, tras un portón metálico. Me dijo que siempre venían a llevarse gente de las **celdas** y luego se escuchaban disparos, y que no estaríamos acá más de un par de días. Me sorprendía su buen ánimo y aparente indiferencia para contarme estas cosas, como si no fuera consciente de nuestra realidad o como si parte de él se encontrara en otro lugar.

Comentario [??2]: evitar la cacofonía con estas palabras similares...

Estuvimos hablando largo rato de naderías y generalidades, hasta que me preguntó mi nombre. La cara se le deshizo en un mohín de asombro. Sus ojos resplandecieron como luceros.

- ¿En verdad eres tú? – preguntó incrédulo, masticando las palabras.
- Sí, no entiendo. ¿Por qué habría de mentir? – respondí.

Me contó que pertenecía a la Armada Popular, que guardaba en uno de sus dientes agujereados un micro transmisor **portátil** con el que escuchaba directamente en su cerebro las noticias de lo que acontecía allá afuera y que así se enteró de mi historia.

- ¡Eres un heraldo de la Revolución!
- No, yo... no estoy con los revolucionarios. Estoy aquí porque...

Parecía no escucharme.

- ¡Tú has avivado el fuego! ¡Lo que hiciste desencadenó todo! La ciudad se ha levantado, de una manera que nunca imaginamos. Fuiste elegido por la historia para mostrarle al pueblo la senda luminosa de nuestro devenir inexorable. Escúchame: La batalla final se está librando ahora mismo allá afuera. Creo que vamos ganando...

Comentario [??3]: Es una opción, pero... ¿no resulta algo solemne esta frase?

En ese momento nos llegaron sonidos de explosiones y de ráfagas de metrallera que zumbaban como moscas de acero desde el exterior. El portón metálico se abrió de par en par y dos soldados empezaron a recorrer el pasillo acribillando con sus armas automáticas a todos los prisioneros. Se acercaban a nosotros. Mi compañero me miró como si tuviera enfrente a una entidad **fantasmal**. *¡Nos van a matar a todos!* gritó, luego me pareció verlo esbozar una leve sonrisa y continuó: *¡Son manotazos de ahogado, están desesperados, debemos haber ganado!* Sus pupilas despedían un destello **rutilante**.

Pero los **soldados** nunca llegaron hasta nosotros, alguien les disparó desde afuera y cayeron **fulminados**. Alguien. Ahora los veo acercarse, son hombres y mujeres con uniformes verdes, botas negras, camisas rojas y armados hasta los dientes. Abren las celdas de quienes quedamos vivos, nos abrazan, nos llaman camaradas, nos comunican la victoria. Mi anónimo amigo está eufórico, me señala orgulloso y todos voltean a verme. Un hombre que ha venido con los revolucionarios se me acerca, parece importante. No viste uniforme, sino un pantalón marrón y una camisa gris, utiliza anteojos y tiene una larga y tupida barba. Parece un profesor universitario de provincias. Creo que es su líder. Me agarra por los hombros y me felicita, me agradece por haberle enseñado a la **población** el luminoso **camino** de la **emancipación** y la rebeldía. Me dice algo acerca de confiarme un puesto importante en el nuevo gobierno. *El ministerio de las artes del diablo* dice y **todos** ríen y me palmotean la espalda, pero ahora **todo** esta comenzando a sumirse en una espesa neblina, en una bruma asfixiante que vuelve **todo** invisible. Por un momento desaparezco en un limbo espeso y negro.

Siento una presión en **mi** espalda y **mis** piernas, el roce contra un cuero sintético que se hunde levemente. Abro los ojos despacio, como despertando de un pesado sueño. Estoy en el sillón de la oficina de mi jefe, viendo su cadáver pálido y silencioso frente a mí, desparramado en su fina silla detrás de su enorme escritorio. Contemplo las **pinturas** y las **esculturas** nuevamente. Oigo un crujido y entonces veo a la secretaria cruzar el umbral de la puerta.

COMENTARIO:

Como en los otros textos que colgamos esta semana, el cuento de Guido Cuadros se ajusta bastante bien al difícil planteamiento formulado como ejercicio: que un cuento se maneje en los límites mismos de lo fantástico. La historia está contada de forma ágil y certera, sobre todo teniendo en cuenta el breve margen que dan las palabras propuestas para el ejercicio formulado. Con muy pocas líneas nos ofrece el panorama desolador de una situación política que termina en la eclosión revolucionaria que nos hace pensar de manera inmediata en Sendero Luminoso y aquella década terrible en el Perú. La elección del narrador, su punto de vista, también parece interesante. Sin embargo sentimos que le falta algo de intensidad a las descripciones (la siguiente consigna hablaremos de ello) para que el narrador que cuenta la historia no nos suene tan alejado de la misma, casi como un observador de lo que ocurre. La resolución del cuento nos parece bastante lograda si tenemos en cuenta el planteamiento inicial de la propuesta, es decir, que nos quedamos un poco en esa misma bruma que envuelve al personaje antes de sumergirse en esa especie de ensueño... ¿o más bien sale a flote a la realidad? Creemos que para algunos lectores puede resultar confuso ese último párrafo. Nos gustaría saber qué piensan los demás al respecto...